

te. Hasta la última mitad del siglo XVI, la educación, así pública que privada, conservó un gran tinte de servilismo; pero á principios del siglo XVII no sucedió lo propio, porque una larga serie de acontecimientos políticos y religiosos dieron á conocer á los particulares y á los Estados la necesidad de nuevos sistemas de educación para ambos sexos. Con efecto, en esa época figuran en las letras y en la política algunas mujeres de mucho mérito, cuyos nombres han adquirido lustre y celebridad en la historia de la moderna Europa, y principalmente en la de Francia durante la revolución de 1789. La obra de Legouvé, titulada: *El Mérito de las mujeres*, y la de Michelet: *Las Mujeres de la revolución*, confirman nuestro aserto.

En cuanto á los sistemas de educación en general, no vacilamos en afirmar que hoy han mejorado sobremanera en todos los países de la civilizada Europa; pero, á nuestro entender, la educación pública necesita todavía reformas é innovaciones radicales mas que la privada, porque debe ser su firme y principal objeto instruir á la clase media, abogada á figurar cada día mas en nuestros gobiernos representativos; debe ser su firme y principal objeto instruir á esa clase concienzudamente en la verdadera ciencia y arte de gobernar, que no se improvisa ni adivina.—La índole de este periódico muy ageno de la política, lejos de permitirnos decir más acerca del particular, nos impone silencio, y nosotros muy obedientes á sus órdenes y mandatos, escrupulosamente lo observamos.

SALVADOR COSTANZO.

NOVELA HISTORICA.

GUELFOS Y GIBELINOS.

POR

EL VIZCONDE DE SAN JAVIER.

LOS NOVIOS.

En lo interior de uno de los mas hermosos palacios de la antigua ciudad de Bolonia, en una habitacion cuyo artesonado de ciprés esparcía un aromático olor, se hallaba sentada una jóven en el alfeizar de una ventana, inclinada sobre un bastidor, ocupándose en bordar con una maravillosa habilidad un tejido de hilo finísimo y casi trasparente. Parecía animada de una tranquila alegría, y canciones tarareadas á media voz revelaban el inocente júbilo de su alma. Sin ser hermosa, Leonor podía agradar por la noble y tranquila expresión de su rostro, por el aspecto de bondad que manifestaban sus ojos, donde se podía leer la modesta vírgen, la vigilante esposa y la cuidadosa madre de familia.

Trabajaba sola hacia mucho tiempo, y su voz murmuraba dulcemente el himno al sol, de que un pobre de Jesucristo, Francisco de Asís, acababa de dotar á Italia, cuando se abrió la puerta y dió entrada á un jóven, á quien Leonor saludó con una sonrisa y una inclinación afectuosa de cabeza. Dirigióse este hácia ella, y permaneció en pié, en silencio, delante del bastidor; su rostro se hallaba animado y sombrío, cual si hubiese sostenido una lucha interior demasiado fuerte para su voluntad. Por fin estendió

SEGUNDA SERIE.—1866.

la mano hácia el tejido que bordaba la jóven y la dijo con mal asegurada voz, que contrastaba con lo insignificante de la pregunta:

—¿Qué haceis, prima?

Alzó ésta los ojos, y mirándole con dulzura.

—Ya lo veis, Lotario, dijo: bordo un velo.

—¿Para vos? preguntó bruscamente este.

—Sí, para mí; para.....

No terminó, y su tímida mirada se bajó al suelo.

Guardó un instante silencio Lotario; despues, y como un hombre que ha tomado una repentina resolución y teme no atreverse á ejecutarla si tarda ó vacila, replicó:

—Leonor, quisiera hablaros..... ¿Podreis oirme sin cólera?

Sois buena; os amo como á una hermana, llena de indulgencia y ternura, pero.....

Aquí se interrumpió. Ella le escuchaba cortada, con los ojos bajos, tranquila en la apariencia y recogida como siempre. Continuó el jóven con la voz menos firme.....

—Nos han desposado á los dos antes de que conociésemos el valor del compromiso que nos hacian contraer.....

Vaciló todavía; Leonor se había puesto pálida: sus manos que jugaban con la aguja temblaban un poco; quiso hablar, y su voz espiró en sus labios; pero reponiéndose inmediatamente, le dijo con dulzura:

—Y no deseais, Lotario, cumpir este compromiso: esto es lo que quereis decirme, ¿no es verdad?

—Leonor, contestó este vivamente conmovido: no os enfadéis. Sé todo el afecto que merecéis; el corazón donde reinéis no debe admitir otra imagen, y por eso no puedo ofrecer os un amor único, y he querido mejor hablaros francamente hoy.

—Habeis obrado bien, primo mio, y os doy gracias, le dijo Leonor con tono afectuoso; si condescendiendo con los deseos de vuestro padre, mi buen tío, hubiese recibido vuestra fé en el altar, hubiese hecho todo lo posible por haceros feliz; este hubiera sido mi deber y mi alegría..... Dios lo ha dispuesto de otro modo; ¡cúmplase su santa voluntad! pero renunciando sin pena á los derechos de desposada, no abdicó los de hermana. ¡Amáis, Lotario! decidme á quien amáis.

—No conocéis mas que su nombre, Leonor; la doncella á quien amo y con quien espero casarme, se llama Beatriz Franzoni.

Aquel nombre pareció resonar en el oído de Leonor como un tañido siniestro y funeral. Alzó sobre su primo una mirada consternada, y le dijo en voz baja:

—¡Beatriz Franzoni! ¡La hija de un gibelino! ¡Pobre Lotario!

—¿Qué quereis, respondió este con tristeza, qué quereis, prima? El corazón para comprometerse no discute sobre las opiniones políticas.

—Pero vuestro padre no consentirá jamás. ¡El fiel sosten de la silla de San Pedro aliarse á un soldado de los Hohens-tauffens, esa raza detestada!

—Beatriz es inocente de las acciones de su padre, suponiendo que esas acciones sean un crimen.

—¡Oh, Lotario, acordaos del mal que los Hohenstauffens y sus parciales han hecho á la Italia! La Santa Sede oprimida, el vicario de Jesucristo humillado por un poder temporal, los pueblos hollados, la religion escarnecida, las costumbres envilecidas..... Esto es lo que he oido decir á los ancianos; este es el mal que han hecho entre nosotros los principes de la casa de Suavia.

AÑO XXIV. 17.

— Pero Beatriz, ¿qué ha hecho? ¿cuál es su crimen? exclamó el jóven con impaciencia.

— El de llevar un nombre aborrecido por vuestro padre; jamás consentirá en esta union.....

— ¡Jamás tendré otra mujer que Beatriz! exclamó el impetuoso Lotario.

Esta palabra llegó al corazón de Leonor, pero se reprimió y dijo á su primo:

— Esta noche, Lotario, quedarán rotos vuestros primeros vínculos..... ¡Estaréis libre!

II.

EL ROMPIMIENTO.

Una hora despues, en el gabinete del padre de Lotario, el noble Bentivoglio, Leonor se hallaba arrodillada al lado del sillón que acababa de dejar el anciano y parecia haber rechazado con violencia. Paseábase en la estancia con el rostro sombrío, fruncidas las cejas, en tanto que Leonor pálida, inmóvil, parecia una viviente imágen del dolor y de la resignacion. Acercóse á ella su tío y la dijo bruscamente:

— ¿Me dirás, sobrina mia, el motivo de este rompimiento?

— No tengo ninguna gana de casarme; no siento por Lotario mas que una amistad de pariente, de hermana.

— ¿Qué importa? ¿Os desagrada mi hijo? ¿Habeis notado en él algun defecto que os alarme?

— No he visto nada que no sea muy apreciable en mi primo; pero por favor, tío mio, renunciad á este proyecto de nuestra infancia; dejadme recobrar mi libertad y que mi primo recobre la suya..... todos seremos felices.....

Debilitóse su voz al pronunciar esta última palabra.

El anciano meneó la cabeza y murmuró.

— Los tiempos cambian, y cada vez son peores: en otro tiempo los hijos y los pupilos obedecian á la voluntad de los padres y de los tutores; hoy les imponen sus caprichos. Además, sobrina mia, vuestro padre os ha dejado bienes demasiado grandes, para que yo pueda contrariar vuestra inclinacion y forzaros á entrar en mi familia. Si fuéseis pobre, sabria lo que deberia hacer..... Pero no obligaré jamás á la opulenta heredera á que acepte la mano de mi hijo..... Estais, pues, libre.

A estas palabras pareció hacerse pedazos el corazón de la jóven doncella; sus sollozos, largo tiempo comprimidos, estallaron: lloró amargamente con los brazos apoyados sobre el sitial.

El anciano la miró asombrado; al fin la dijo dulcemente:

— Leonor, ¿qué tienes? Habladme con confianza; ¿os han ofendido las palabras que acabo de pronunciar? ¿Deseais contraer otro enlace? ¡Hablad! ¿Qué teneis?

— Nada, respondió precipitadamente; nada, tío mio..... vuestras palabras me parecieron amargas, me han causado pena..... pero ahora estoy contenta, soy feliz..... Quiero permanecer libre, y si puedo como antes prodigaré los cuidados de una hija, estaré muy satisfecha.....

El conde Bentivoglio meneó la cabeza, y con tono grave la dijo:

— Leonor, una hija no deberia tener secretos para su padre!

III.

LOTARIO.

Desde este dia, los parientes y amigos de la familia Bentivoglio, fueron advertidos con discrecion de que el enlace

tan largo tiempo proyectado acababa de romperse. Compadecian á Lotario que perdia una esposa amable y rica: censuraban á Leonor, que por un capricho inexplicable rehusaba la mano de su pariente mas próximo, de un amigo de la infancia, del hijo de los que le habian servido de padre y de madre, y que tan tiernamente la habian amado. Su resolucion sirvió de motivo para mil murmuraciones, y casi todas ofensivas.

Creian los unos que rehusaba á Lotario porque no poseia sino los restos de una antigua fortuna noblemente sacrificada por la causa de los soberanos pontífices; afirmaban otros en voz baja y con aire indignado, que la jóven habia elegido novio en el partido de los gibelinos: iba á aliarse con los antiguos enemigos de su raza, y abdicar convicciones cimentadas por la sangre de sus generosos antepasados; los mas indulgentes lo atribuian á capricho y vanidad, y la jóven no tenia á nadie que la defendiese contra aquel sorbo murmullo que se levantaba en torno de ella; ¡nadie! ni aun aquel por quien ella se habia sacrificado!

Débil, oprimida el alma por sus pesares secretos y la frialdad del viejo Bentivoglio por la censura pública que no la escaseaba amargos testimonios, conocia la necesidad de encontrar á su lado un corazón amigo, confidente de sus penas; la pobre Leonor salia del cuarto sombrío y triste en que trabajaba rodeada de sus criadas, y se iba acompañada de su nodriza á la antigua iglesia de San Pablo, á la capilla sepulcral de los Bentivoglio, dedicada al papa San Dámaso. Allí se arrodillaba al lado del sepulcro donde poco antes habian depositado á su madre adoptiva, la madre de Lotario; allí, delante del santo tabernáculo, cerca del féretro donde yacia un corazón que tiernamente la habia amado, la pobre niña encontraba refugio y consuelo; allí podia decir.

— ¡Dios mio, tú que conoces el fondo de mi corazón, tú sabes si soy orgullosa y avara! ¡Madre mia, tú sabes si la felicidad de tu hijo me cuesta cara! ¡Protector de los huérfanos, ten misericordia de mí!... ¡Y tú, madre mia, ruega á Dios por mí; ruega por tu hijo; ruega..... por Beatriz!

Los falsos juicios, las injuriosas sospechas del mundo, la hubieran encontrado menos sensible, si con frecuencia su padre adoptivo no hubiese demostrado creerlas. Un dia, despues de haberla preguntado sobre sus proyectos para el porvenir, viendo que ella no le daba mas que respuestas evasivas, la dijo con fria severidad:

— Obrad como querais, Leonor, pero acordaos que hay una cosa que alzaria una barrera eterna entre nosotros, una cosa que no podria perdonar yo, y que atraeria la justa venganza del cielo: ¡una alianza con un gibelino!

Bajó los ojos Leonor ruborizándose como una culpable; Lotario, que se hallaba presente palideció: hubiera querido hablar, pero la cólera y la indignacion que este solo pensamiento habia hecho asomar á la frente de su padre, le helaron: calló, encerrando en su seno el fatal secreto de que su prima era la confidente y la víctima. Sin embargo, su padre parecia redoblar con él su ternura; despojábase de la austeridad de su carácter para darle muestras de confianza y de aprecio; queria consolarle de la repulsa de Leonor y de la pérdida de una brillante fortuna, y se preparó á celebrar con una fiesta el dia en que su hijo llegaba á su mayor edad.

Un gran banquete reunió en el palacio Bentivoglio á todos los señores güelfos de Bolonia; y desde el fondo de un oratorio, en donde en aquel dia de fiesta y alegría se ha-

bia tristemente retirado, oía Leonor el ruido de las voces y la bulliciosa alegría de los convidados.

Aquellas horas de expansiva alegría no llegaban hasta ella, sino para redoblar su turbación interior. Parecía que una gran desgracia la amenazaba, y que aquel día tan alegre y de festín, sería seguido por otro sombrío y fatal. Hacia la noche quiso bajar á su jardín particular donde cuidaba algunas flores para la imágen de la Virgen, y algunas plantas medicinales para los pobres. Atravesaba con paso ligero una larga galería entapizada de armaduras que hacia relumbrar el sol poniente, cuando se abrió una puerta y Lotario se presentó ante ella pálido, agitado.

—¡Lotario! exclamó: ¿os habeis separado de los convidados?

—Sí, respondió con precipitación; es preciso..... es preciso..... Buenas noches, Leonor. ¡Adios! ¡Adios! ¡Prima mía, no me olvideis!

Diciendo estas palabras entrecortadas, besó la mano de Leonor y se alejó precipitadamente. Quiso esta detenerlo... no la oyó; y la pesada puerta de la galería cerrándose tras él, le ocultó á los ojos de su prima. Alarmada hubiera querido esta hablar á Lotario y obligarle á explicarse; empero ¿cómo buscarle en una casa llena de extraños entregados á la animación de un largo y alegre banquete? Volvió á su cuarto, y lloró largo tiempo..... Luego el silencio de la noche, la tranquilidad que reinaba en la casa, la calmaron poco á poco, y pacíficamente se durmió.

III.

Era ya bastante de mañana, y los sueños confusos que preceden á la hora de despertarse, flotan en la imaginación de Leonor, cuando se oyó llamar con voz alta y turbada. Despertóse: su nodriza se hallaba delante de ella con aire sorprendido á la vez y asustado.

—¡Señora! ¡Mí querida hija, exclamó, levantaos! Monseñor pregunta por vos.

Sorprendida y alarmada se levantó Leonor, se envolvió en una ancha bata blanca, sujetando con un alfiler de oro los flotantes trenzas de su cabello, y corrió al gabinete de su tocador.

El anciano se hallaba allí, de pié en una forzada aptitud de calma inerte, tenía en la mano una carta desdoblada; empero aquella mano temblaba, y gotas de sudor corrían de sus canos cabellos.

—Leed, dijo á Leonor, alargándola el billete.

Obedeció está.

«Monseñor y padre: cuando encontréis este billete, habre abandonado vuestra casa, y no me atreveré á volver á ella, si no me llamais vos mismo. Amo á la hija de un gibellino, de un hombre que habeis considerado como un enemigo personal; no puedo esperar vuestro consentimiento para este matrimonio de que depende mi felicidad, y aprovechándome de la libertad que me dan mi edad y las leyes, me uno esta noche con la mujer que adoro y he elegido, con Beatriz Franzoni. ¡Perdonad, padre mio! Perdonadme, y no permitais que las divisiones que turban la Italia se coloquen entre vos y vuestro hijo. Dignaos recibir á vuestros pies á vuestro hijo único y á la sola compañera que puede amar. Yo suplico á mi buena prima Leonor interceda por mí, y me recomiende á vuestro amor y á vuestra indulgencia.

LOTARIO B.»

—¡Gran Dios! exclamó Leonor con dolor; se ha marchado!

—Se ha marchado, respondió Bentivoglio con un frío furor; se ha marchado: hijo desobediente, súbdito rebelde, ha ido á unirse á los opresores de la Italia, y antes de poco, no lo dudo, servirá bajo la bandera de Suavia; llevará la guerra al seno de su patria; perseguirá con su insolente espada á los fieles soldados del vicario de Jesucristo! Sí, se ha marchado, ha abandonado la casa de su padre; empero no volveré á esta casa, no le volveré á recibir ni vivo ni muerto: sus días serán diezmos, su herencia dada á otro, porque la maldición de su padre le perseguirá.

Asustada con aquellas palabras, Leonor se arrojó á los piés de su tío, y no pudiendo hablar, los tenía abrazados con un aire suplicante y humilde. Desprendiéndose el anciano Bentivoglio de ella, la dijo con un tono de amarga reconvencción:

—¡Y sin embargo, si hubiéseis consentido en ser su mujer no hubiera sucedido nada de esto!

Esto era demasiado para el quebrantado corazón de la jóven doncella..... cayó en el suelo desmayada.

(Se continuará.)

LA CIENCIA EN FAMILIA.

UN PASEO AL JARDIN DE ACLIMATACION DE PARIS.

(Continuacion).

IV.

EL AQUARIO.

Los peces acaban lo que habian comenzado los pájaros.

Para no fatigar á mi discipula ocupándola demasiado tiempo sobre un mismo asunto, juzgué prudente abandonar la pajarera á pesar de los curiosos animales que encerraba todavía. No me desagradaba además en aquel momento, reservarme un pretexto para un nuevo paseo. La supliqué que atravesásemos el jardín. Por el camino pasamos delante de una linda casita toda rodeada de flores y cuyas ventanas adornadas con persianas, apagaban la luz.

—Mire vd. bien, señora, esa casita tan preciosa. En su aspecto campestre, en su forma sencilla, en el lindo parterre que la rodea, nadie creerá en las innumerables víctimas que hay en su interior. Un día entraremos, si vd. gusta, y allí verá millares de laboriosos obreros trabajando para ustedes, señoras mías, á fin de satisfacer al lujo ó á la coquetería y que tienen por recompensa una muerte horrorosa, el suplicio del agua hirviendo.

—¿Qué me dice vd.? Yo no quiero saber nada de cuanto pasa en esa cabaña de tan mentiroso aspecto. Espero además, no contribuir en nada á ello.

—Sin saberlo vd. entra por mucho, y aun me atrevo á afirmar que cuando vd. conozca la verdad, no por eso dejará de continuar siendo uno de sus hermosos verdugos. Vd. lleva en este momento sobre sí el trabajo de mas de un millar de esos seres que se ha hecho perecer en el agua hirviendo, cuando han hilado la seda del vestido de vd.

—Otro día me contará vd. eso, porque hay cosas en que

no tengo afán en instruirme, porque en mi ignorancia hallo mi excusa.

Adelantando un poco mas profundamente en el jardín, se llega á una verdadera maravilla, al *Aquarium*. Figúrese una larga galería oscura, que solo recibe su luz á través del agua de grandes pilones cuadrangulares, de los que se puede ver todo el interior por la pared de cristal que da frente. Al atravesar esta agua, la luz toma un color azulado, fantástico, y estos pilones guarnecidos de rocas, de grutas, de plantas marinas, dan verdaderamente la idea de lo que veríamos si nos sumergiésemos en el fondo de un río ó de la mar. Los unos encierran todas las producciones del agua dulce, los otros las del Océano.

—¿Qué piensa vd. de este espectáculo? dije á mi discípula; no muy asegurado todavía sobre sus disposiciones. Un verdadero grito de admiración me respondió. En efecto, habia sido completo mi triunfo.

—Usted me hace asistir á un magnífico espectáculo, del que sin vd. jamás hubiera sospechado la existencia. Es como un sueño. En el seno de esa atmósfera líquida transparente y azul, se agita un mundo de seres de extrañas formas de que yo apenas tenia idea. Es una de las cosas mas curiosas. Diríase que son montañas de rocas coronadas de bosques de coral.

—Lo que vd. dice, señora, no es una suposición sino la realidad. Tiene vd. delante de sí animalitos vivos y apenas



Obrador de los gusanos de seda.

visibles, que trabajan sin descanso en producir esa bella sustancia dura, brillante, pulimentada, y un vivo encarnado de que se hacen tan lindos adornos. En el coral, esos constructores infatigables construyen su morada. Para esto se reúnen por legiones, y son destinados, á pesar de su pequeñez, á transformar un día la superficie del globo, porque no trabajan solamente en los adornos y al placer de las damas. Estas construcciones son los cimientos sólidos de nuevos continentes que surgirán un día como ya han salido algunos del seno mismo del Océano.

—Cómo, señor mío, ¿no es eso una exageración?

—No, señora, y en dos palabras voy á hacer comprender

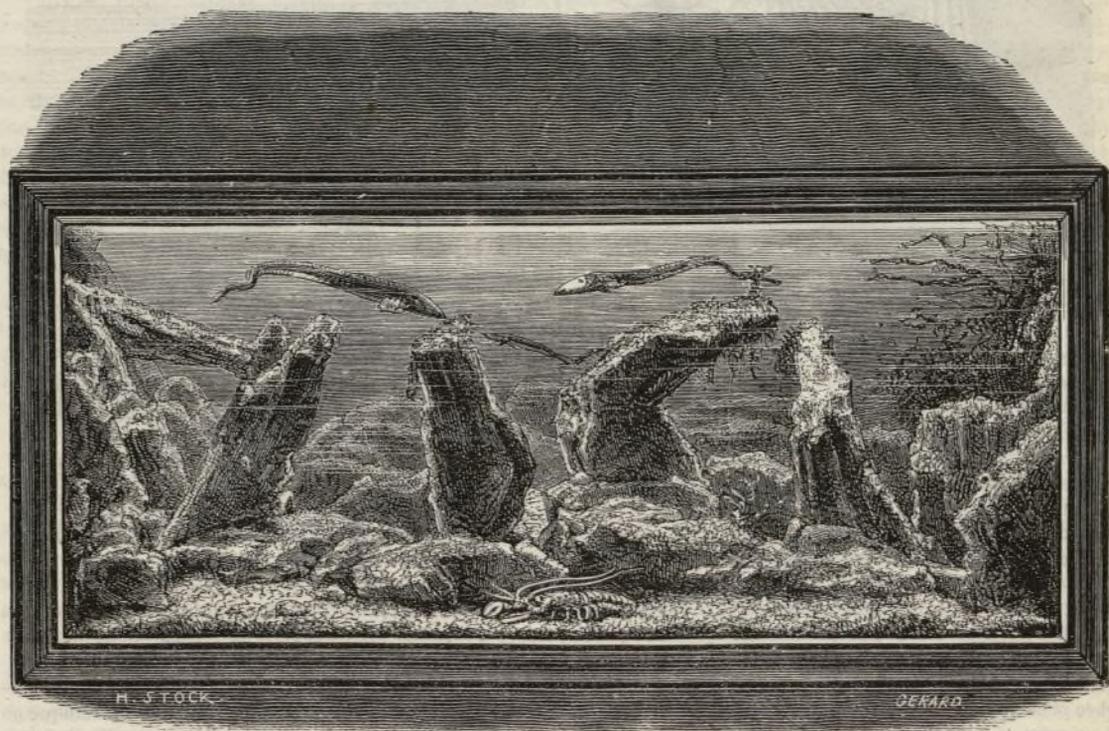
á vd. la inmensa y cierta revolución que preparan y verificarán á golpe seguro esos seres microscópicos. Tomemos, si vd. lo permite, las cosas desde su origen, á fin de que pueda vd. juzgar con conocimiento de causa. ¿Ha visto usted los Alpes y los Pirineos?

—Sí, señor, en mi infancia, y siempre he conservado la esperanza de volver á ver esas grandes masas de rocas que me parecían entonces tocar al cielo.

—Pues bien, señora; esas grandes montañas son desde que salieron de la tierra, si no el alimento, al menos la presa de los animales de que hablamos y aun de otros muchos. Con sus ruinas un día muy lejos del sitio que ocupan, se

crearán nuevas tierras, y vea vd. cómo. Todos los inviernos cae la nieve sobre las mas altas cimas. En la primavera, durante el día, el sol hace deshelarse una parte de aquella nieve, cuya agua se infiltra en la piedra. Despues llega la noche trayendo el frio que congela las particulas liquidas y filtradas. Estas últimas ocupan al solidificarse mas espacio que cuando están liquidas y obran como lo harian cuñas sobre la sustancia misma de la piedra para separarla. Esta última se desquebraja entonces por todos lados. Las cimas sometidas á este trabajo lento, pero diario, se desmoronan sobre los pisos inferiores. Viene en seguida el verano que hace derretirse en masa la nieve; el torrente que del deshielo resulta, arrastra todos estos fragmentos mas abajo todavía, desgastándolos por el frote de los unos contra los otros, de modo que los redondea en forma de

cantos. Bajan y ruedan así siempre y disminuyéndose desde los torrentes á los rios y de estos al mar. Allí las olas se encargan, removiéndolos sin cesar, de adelgazarlos todavía y poco á poco convertirlos en particulas de arena. En este estado de tenuidad, el agua de mar, que contiene mucho ácido carbónico, disuelve la cal. Otro ácido que tambien encierra y es el ácido fluorhydrico, hace desaparecer el pedernal ó silice, de modo que estas dos sustancias minerales desaparecen como el azúcar en el agua. Plantas marinas microscópicas en el acto de la vida se apoderan de la silice, de que forman sus partes sólidas: las madreporas y los corales absorben la cal para la construccion de sus moradas. El fondo de la mar se levanta al mismo tiempo que las generaciones de estas plantas y de estos animales, mueren y se suceden. Llega un día en que las ramas sólidas de



Aquarium.

coral florecen al nivel del Océano. Entonces en sus fluctuaciones las olas traen restos de grandes vegetales, como los fucos y las algas que se agarran reteniendo á su vez algunos granos ó algunas plantas vivas. Los granos germinan, las plantas brotan, el nivel se eleva, se forma una isla y mas tarde una tierra bastante grande, para tomar el nombre de continente. Dicen que no ha sido otro el origen de la Australia.

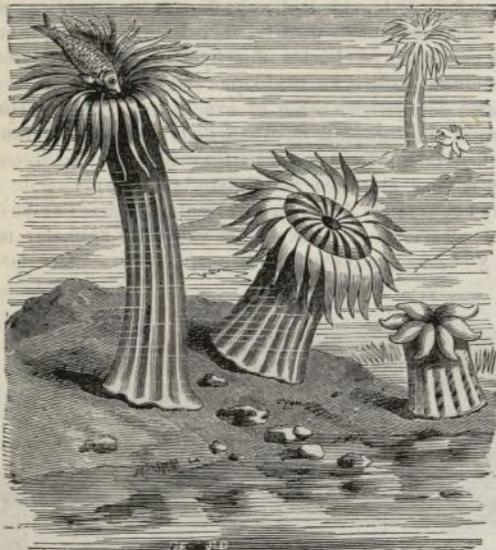
Todavía tiende á hacerse mas grande, porque una cintura de coral la rodea cual una fortaleza, dejando apenas á los buques algunas entradas que cada dia se van estrechando mas.

—Lo que vd. me dice es tan prodigioso, que no creeria, á no tener tanta confianza en vd., como seres tan pequeños podrán llegar con su trabajo á cambiar la superficie del globo. La imaginacion se confunde.

—Ya, señora, los diatómeos y los corales han cegado el lecho de antiguos mares transformados hoy en tierras firmes. Se encuentran considerables bancos compuestos de sus restos aglomerados y pasados al estado de piedra. Se reconoce en las venas y entrañas dibujos que presentan la mayor parte de nuestros mármoles: forman innumerables depósitos de tripoli, de greda y de piedras propias para la fabricación y sirven para construir nuestros edificios, sin duda desde la penúltima revolucion del globo hubieran llegado á nivelar la tierra si los cataclismos que han levantado las montañas y destruido esas grandes bases convertidas casi en verticales, no hubiesen venido á destruir sus trabajos.

—¿Señor mio, que es lo que estoy viendo en este pilón? ¡Flores que comen! No me equivoco, esta acaba de coger con sus pétalos morados un pececillo que nadaba sobre su corola.

—Estas flores comen en efecto, señora. Pero no son plantas, aunque tengan su forma y parezcan como ellas fijadas en el suelo. Tienen la facultad de mudar de sitio y no están



Actinias ó anémonas de mar.

adheridas á la tierra sino por una especie de pie. Son las que se llaman actinias, anémonas de mar, verdaderos animales compuestos de un estómago en el centro y de tentáculos alrededor, que les dan el aspecto de las margaritas ó de las dalias. Estas flores, ó mas bien estos animales, aguardan á que una presa pase al alcance de sus numerosos brazos, que se cierran replegándose sobre el centro, donde está a boca. Devorada la presa, la flor se abre de nuevo y se estiende.

—¡Cómo! ¡no me engaña vd.! ¿Esas margaritas, esos crisantemos, esas dalias, no son plantas? ¿No tienen raíces y pueden pasearse de una roca á otra?

—Sí, señora, son como una transición entre la planta y el animal. La nutrición y el movimiento son los únicos fenómenos vitales que los caracterizan. Dotados, sin embargo, del instinto de la conservación, se contraen y se replegan sobre sí mismas al menor amago de peligro. En Inglaterra, en un gran número de casas hay acuaridos y se venden por mercaderes especiales para estos acuarios, plantas y animales de todas clases. Yo he ido en este mismo año á ver en Londres una joven lady que pasa la mayor parte de su tiempo en cuidar varias de estas actinias ó anémonas de mar. Estos animales ve vd. que no tienen cabeza. Son unos simples sacos membranosos comparables á una bolsa; el borde de esta bolsa, que es todo el animal, está guarnecido de largos y numerosos filamentos de todos colores que vd. toma por pétalos y que dan al animal el aspecto de una flor. Esos filamentos ó tentáculos, se replegan sobre el centro como vd. acaba de ver, cuando una presa pasa á su alcance, y por este medio la precipitan sobre el único orificio que sirve de boca y de estómago al animal. Son seres muy sencillos en los que no hay apariencia ninguna de órganos de sentidos. Ni el olor, ni el oído, ni la vista se descubren en ellos y mucho menos el pensamiento, puesto que no tienen cerebro.

Pues bien, voy á asombrar mas á vd. diciéndole que es-

tos actinias reconocen á los que los cuidan. Si un extraño se aproxima tocando con su dedo la superficie del agua, ó dando al vaso que las contiene un capirotazo, inmediatamente los actinias retiran sus tentáculos encerrándose y permaneciendo largo tiempo inmóviles. Al contrario la dama que los cuidaba, podía coger y cambiar de sitio la piedra ó canto sobre el que estaban momentáneamente fijados sin que interrumpiesen el movimiento de sus brazos.

A la hora en que su ama tenía la costumbre de darles de comer, las que dormían replegadas sobre sí mismas se abrían y se agitaban desde que esta última se aproximaba á la pecera ó vaso. Muchísimo me sorprendía esta especie de inteligencia en seres tan rudimentarios.

—¿Qué animal tan extraordinario es ese que se adelanta entre las rocas con una prudente circunspección? Lleva



Bernardo el Ermitaño.

arrastrando tras sí una especie de casa de donde no saca mas que la mitad del cuerpo? ¡Qué tenazas tiene tan amenazadoras! ¡Y qué feroz debe de ser ese animal!

—En efecto, señora, es un animal curioso y temible, porque se alimenta de presas vivas y es muy gloton. Aunque no es un santo se le llama *Bernardo el Ermitaño*. Mírele usted como tiene su cuerpo cubierto de una sólida coraza, y cuan temibles son sus tenazas y robustas sus quijadas. Como Aquiles, tiene, sin embargo, su lado vulnerable, si no es el talon, es su cola. La casa que tras sí arrastra y en la que coloca la parte posterior de su cuerpo al abrigo de los ataques, no le pertenece. El arte de construir no siendo de su conocimiento, se pone á buscar una casa prestada, y si encuentra algun caracol que le conviene, se apodera de él inmediatamente y se mete dentro de él á reculones para alojar allí su abdomen que sustrae de este modo el ataque de sus enemigos. La costumbre de retirarse en una concha como en una gruta, le ha hecho dar su nombre. No vive tan santamente como parecería indicar su nombre, porque le falta sobre todo la virtud principal de un cenobita, la sobriedad. Así es que engorda con rapidez, de modo que de cuando en cuando su casa le es muy estrecha. Si en estas circunstancias encuentra una que le parece acomodada á su talla, no le importa que no esté vacía. Ataca vigorosa-

mente á su legítimo propietario, al que primero se come y despues sin remordimiento se apodera de su casa.

Los cangrejos ermitaños son muy belicosos, y basta el poner á dos de estos animales, el uno enfrente de otro, para que se peleen, y como entre los salvages, el vencedor se come al vencido.

—¿Pero este animal debe causar grandes desórdenes en un aquarium?

—Seguramente, señora, si no se tuviese buen cuidado de no darles por vecinos sino animales que no le temen. Pienso que vd. reconoce esos dos crustáceos que se pasean agitando sus mandíbulas. Son dos langostas y vd. comprenderá que con sus tenazas y su sólido cárapacio, nada tienen que temer de Bernardo el Ermitaño.

—¡Perdoneme vd.! No hubiera reconocido á estos animales, que siempre he visto vestidos de colorado.

—No todo puede saberse, señora, y no es vd. la única persona que de esta manera se ha equivocado. Estos animales, como muchos crustáceos, no nacen en la forma que usted los ve. Son tan diferentes en su primera edad, que los naturalistas los han tomado hasta en los últimos tiempos por otras especies. Tienen tambien la propiedad de reproducir sus miembros, si se les rompen por cualquier accidente. Por eso la langosta que aquí ve vd., tiene sus tenazas desiguales. La mas pequeña reemplaza á una que sin duda ha perdido en alguna batalla, y al volver á crecer no ha adquirido todavia todo su desarrollo.

Como la cubierta de una langosta es de una sustancia dura, y por consiguiente inestensible, no podría crecer sin hacerla pedazos. La naturaleza ha provisto á esta necesidad dándole la singular propiedad, como se la ha dado al resto de las serpientes, de los cangrejos y demás crustáceos, de cambiar de piel en épocas periódicas. Antes que la nueva cubierta se haya endurecido al aire por las incrustaciones, es flexible, de modo que el animal puede durante cierto tiempo desarrollarse sin padecer.

La langosta no muda solamente la piel de su cuerpo y de sus patas, sino tambien de sus ojos y de sus antenas, y algunas veces es tanto el trabajo que le cuesta al pobre animal, que muere. Lo que háy de mas singular, es que muda todo esto por una simple abertura debajo del abdomen, dé modo que cuando en la orilla se encuentra su cascaron, cuesta mucho trabajo y es necesario mirar bien y de cerca para ver que estaba vacío. Mire vd., señora, ese animalito tan transparente, que al través de su cubierta puede verse el juego de sus órganos interiores. Es el langostin, que por su estremada agilidad escapa de las terribles mandíbulas de las langostas y de Bernardo el Ermitaño. ¿Es posible ver una pequeña criatura mas delicada y mas graciosa en sus movimientos?

—Mucha curiosidad tendria en poseer un acuario semejante á uno de estos pilones que tenemos á la vista y mas me gustaria ver á estos langostines tan transparentes jugueteando en el agua, que muertos y colocados alrededor de una jaletina en los escaparates de las puertas de las fondas. Si vd. quiere hacerme el favor de proporcionarme uno, me haria muy feliz. Pero estamos muy lejos del mar y eso, sino muy difícil, será al menos muy costoso por tener que renovar el agua.

—Cuando un aquarium está compuesto con inteligencia, la misma agua se conserva en él indefinidamente pura. Se trata entonces sencillamente de añadir de tiempo en tiempo un poco de agua dulce para mantener el nivel y la densidad á pesar de la evaporacion. Podemos en pequeño ob-

tener, y aun en una pecera, lo que pasa en el mar, donde el agua no se corrompe nunca. ¿Ve vd. ese animalito que se pasea y nada de costado? Es preciso y aun indispensable en todo aquarium bien organizado, el, comiéndose todos los restos de lo que muere y se descompone, mantiene la limpieza. No deja permanecer ninguna mancha sobre los cristales que constantemente limpia. Los marinos le llaman *pulga de mar*; es preciso además para mantener el agua del pilon en condiciones tales que pueda indefinidamente servir á la vida de los seres que en él se colocan, mantener un justo equilibrio entre las plantas y los animales. Todo lo que vive, ora sea en el seno del mar ó de los rios ó sobre el suelo, respira el aire como vd. sabe. Nadie puede pasarse sin él desde el hombre hasta el mas infimo pececillo: desde la encina hasta la mas microscópica yerbecilla. Unicamente las plantas no respiran el mismo aire que los animales. El uno toma el que envenenaria al otro y recíprocamente.

Los pescados, las conchas, los crustáceos, los moluscos, en fin, todos los animales que habitan en el fondo del mar, tienen órganos respiratorios que les permiten apoderarse del oxígeno (principio vital del aire) naturalmente disuelto en el agua y devuelven por la respiracion otro gas que les seria mortal, el ácido carbónico. Admire vd., señora, el cambio que se hace en la naturaleza entera entre el animal y la planta. Esta última tiene justamente necesidad para vivir, de respirar éste ácido carbónico que asfixia á todos los animales y espira al contrario el oxígeno que les es indispensable. Es un va y viene, una institucion permanente de uno en otro de los elementos que sirven á la vida de cada uno. Nosotros damos á la planta por la espiracion el aire necesario á su vida y ella nos devuelve el que nosotros necesitamos y sin el cual no podiamos pasar ni un minuto sin sofocarnos.

Haciendo, pues, en un aquarium una juiciosa mezcla de plantas y animales vivos, y añadiendo algunos de esos seres que se alimentan de descomposiciones, el agua queda constantemente pura y no hay necesidad de renovarla.

—Puesto que eso es así, quiero bajo la direccion de usted realizar mi deseo y tener en mi casa ante mi vista una muestra de todas las maravillas que aquí vemos. Es un saludable ejemplo que quiero dar á mis amigas, que no saben que hacerse en sus ratos de ocio.

Orgulloso de haber triunfado al fin de la indiferencia de mi discípula, le prometí que antes de un mes tendria en su sala, un hermosísimo aquarium. Mi compañera, á pesar del interés que tomaba en todas aquellas cosas que hasta entonces no habia visto con los ojos de la ciencia, se hallaba algo fatigada, y así salimos del aquarium prometiéndonos volver á visitarlo, debiendo confesar que hoy aguardo con impaciencia el dia de nuestro nuevo paseo.

(Se concluirá).

MISCELANEA DE SUCESOS HISTÓRICOS.

DE LOS QUE HAN MUERTO A IMPULSOS DE UNA ESCESIVA ALEGRIA, O BIEN REPENTINAMENTE CUANDO MENOS DEBIAN TEMERLO.

Séneca reprende á Virgilio por calificar á los deleites malos goces del alma, y la crítica general aprueba el pare-

cer del confidente de Neron; pero aun á riesgo de ser tenidos por incapaces de comprender la doctrina del opulento encomiador de la pobreza, hemos de refutar, ayudados por la esperiencia, y dejando aparte todo género de reflexiones, su respetada autoridad, probando estuvo algo desacertado en la materia que tratamos, una vez que hay fementidas alegrías capaces por sí solas de causar la muerte á los desgraciados sujetos á su engañosa influencia. Por esta razon los estoicos querian al sabio despojado de pasiones, para que no siendo su esclavo tampoco lo fuese de la fortuna, al paso que los epicúreos fundaban en la sensualidad el único bien imaginable, abandonándose á los mayores excesos, quizá contra la enseñanza de su maestro. Así estuvo por muchos siglos el desgraciado linaje humano, sentado en las tinieblas y sombras de la muerte que cubrian la faz de la tierra á consecuencia de la primera caída, desconsolado con Heráclito, y placentero con Demócrito; mas procurando siempre trasformar el estrecho valle de lágrimas por donde peregrinamos desterrados, en florido vergel, contando ¡neocio! con sus propias fuerzas para desempeñar un imposible.

Vino por fin el Consolador prometido á manifestar á los hombres la existencia de un Padre justo y misericordioso, que no abandonará á ninguno de sus pequeñuelos, sin cuyo permiso no se mueve la hoja en el árbol; de manera que dejando libre ejercicio al albedrio, ordena y gobierna los acontecimientos morales del universo con la misma providencia que rige el curso de las estaciones, eleva en las nubes la provechosa lluvia que ha de fecundar la tierra, y cuida de proporcionar abrigo acomodado, al gérmen del insecto microscópico, con igual solícitud que emplea para conservar la especie del pacífico elefante en las umbrías florestas del Asia ecuatorial. Entonces los fuertes de espíritu creyeron y aguardaron confiados; los débiles y orgullosos se aferraron en sus dudas y desesperacion: los unos caminaron felices, y en el sepulcro renacieron á mejor vida; entre los otros se vió cundir el suicidio, la tiranía, la esclavitud, la soberbia por último, tronco y origen de todas las plagas sociales.

Al llegar á este punto, lector discreto, advertí caminaba perdido por el campo estéril de las divagaciones, y recordé mi primer intento de referir sin comentarios el fin de varios personajes ilustres á quienes sorprendió de callada sin dar lugar á sospecharle: olvida, pues, este ligero extravío, y si me prestas atencion, yo te prometo en cambio no volver á incurrir en él sino lo meramente indispensable para tejer la grosera urdimbre con que trataré de reducir á un solo punto de vista los sucesos puestos á continuacion.

El sol indicaba hallarse á la mitad de su carrera un dia del año 190 antes de J. C., y el bullicioso pueblo de Atenas agolpándose al derredor de la cuerda que marcaba el recinto del Areópago, esperaba impaciente diese comienzo el juicio señalado. Sabido es que este augusto tribunal celebraba sus sesiones al aire libre inmediato á la *Uecropia* ó ciudadela, sin mas resguardo que un rústico techo, suficiente á defender á los magistrados de las injurias del tiempo, pues era axioma sancionado por la costumbre no debía encerrarse en una misma estancia al inocente y al culpable, al juzgador y al criminal. Rodeaban aquel sitio gruesas columnas, en las que se veian esculpidos los artículos de la ley mas en consonancia con las causas que allí se sentenciaban, y á un extremo de las gradas de piedra donde tomaban puesto los treinta y un jueces empuñando un baston en forma de cetro, hallábase el asiento de plata llamado de la *Injuria*, destinado para el acusador, formando pareja

con otro de igual hechura y metal que nombraban de la *Inocencia*, en obsequio á la que descaban resplandeciese en el acusado, para quien estaba dispuesto. Un anciano trémulo y agobiado llegó á ocuparle con trabajo, apoyado en un báculo blanco, así como los escasos cabellos que guardaban apenas su noble cabeza. Al verle agitó á la multitud un movimiento afectuoso, que fué reprimido inmediatamente en consideracion á la majestad del sitio. Dos eran los demandantes, entrambos jóvenes y de ruin catadura. Comenzaron su instancia reclamando ser puestos en posesion de los bienes paternos, mediante la incapacidad moral que suponian en el autor de sus dias allí conducido por ellos.

Oido el alegato levantóse el viejo, y sacando de entre los pliegues de la túnica un volumen de papiro, se adelantó á paso tardo hasta cerca de los jueces, y dijo con voz balbuciente, aunque sonora:

—Venerables areopagitas, cuya justicia llena el universo; gloriosos ciudadanos del culto pueblo de Minerva, convocados á examinar los grados de razon que ha reservado en su decrepitud aquel poeta apellidado *Abeja del Ática*, á quien tantas veces coronásteis en la escena: el sabio código de la patria me prohíbe poner en juego los movimientos oratorios con que pudiera defender mi causa, si bien concede á las pruebas exhibidas por el buen derecho toda la religiosa atencion propia de quien desea ver la calumnia confundida: he aqui la última obra del ingenio de Sófocles, á quien se supone imbécil y mentecato, y si por desdicha mia hallais en ella algun defecto, tened presente que ha sido escrita por un anciano que cumplió noventa primaveras en la época de las fiestas de Céres.

Diciendo esto entregó á un arconte (1) el manuscrito de su hermosa tragedia *Edipo en Colona*, que completaba el número de ciento treinta y una, siempre recibidas con aplauso, y volvió á tomar asiento fatigado por la emocion que produjo en él verse reducido á desvanecer una calumnia tan afflictiva para un sabio.

Dióse principio á la lectura por acuerdo unánime del tribunal, continuándola sin interrupcion ni cansancio del auditorio hasta que las sombras de los vecinos montes dilatándose por la llanura, daban señal de acercarse la puesta del sol. Un silencio profundo habia reinado hasta entonces, y era menester continuar de igual manera, pues no estaba permitido á los jueces proceder á la votacion antes de que la noche estendiese su negro manto. Quizá fué la mente del legislador al imponer esta práctica, ocultar á los circunstantes la disposicion favorable ó adversa de los magistrados, que un gesto, una sonrisa ó cualquier ademan pudiera demostrar, aun por acaso.

Aquel pueblo inteligente en materia de arte, literato como ninguno entre los demás griegos que interrumpian gozosos los juegos olímpicos, objeto de su apasionado afan, para escuchar la historia de las insignes jornadas de Maraton y Salamina que el inmortal Herodoto sometia confiado á su crítica; aquellos atenienses, digamos de una vez, célebres por su gusto delicado, convecinos de Tirteo, Anacreonte y Demóstenes, oyeron admirados la produccion del calumniado viejo, siendo menester todo el respeto tradicional con que se mira cuanto al Areópago pertenecia, para contener el entusiasmo de la muchedumbre, hasta que las estrellas apareciendo en el espacio vinieron á señalar el reinado de

(1) Título de uno de los nueve principales funcionarios de Atenas.